

rencos profundos, implacables; y si, aquilata-do por el tiempo el mérito de los héroes de esa epopeya, Bolívar ha venido á ser una gloria de España, como lo son para esas naciones Viriato, Pelayo y el Cid, no hay que juzgar los acontecimientos con el prisma de la época presente, sino estudiar las causas que influyeron en su curso en la época en que pasaron.

Un Rey absoluto regía á España con cetro de hierro; los más esclarecidos españoles eran mártires de la libertad, y el pueblo vivía en la abyección y la ignorancia.

Fernando VII, que perseguía á los mismos que aún tenían en su mano el martillo con que rompieron sus cadenas para traerlo al solio, sólo porque aspiraban al régimen constitucional, no creía ni posible, ni justo, ni racional siquiera, que sus antiguos súbditos creasen aquellas nuevas nacionalidades; así es que al desprenderse estas ramas frondosas del árbol de Covadonga, les faltó la sávia del tronco y crecieron aparte, pues el Monarca estableció la política del aislamiento, á la cual sacrificó el comercio español de América.

¡Cuán distinta hubiera sido la suerte de España y de las naciones hispano-americanas, si una vez que la emancipación fué un hecho inevitable y fracasó por completo el proyecto de la Santa Alianza, se hubiesen celebrado provechosos tratados de paz, amistad, navegación y comercio!

España sería hoy tan poderosa como Inglaterra, cuyo ejemplo no siguió; hubiera sido ménos laboriosa la reorganización social y política de esas sociedades civiles, y engrandecida la literatura, fundida en una sola y única expresión del sentimiento, se hubieran confundido en las creaciones de los fecundos ingenios de ambos continentes la pureza clásica española con el encanto que ofrecían esas jóvenes naciones, tan predispuestas al bien, y que le prestaban los tintes de una naturaleza virgen y bella. Por otra parte, la influencia bienhechora de la madre común hubiera arraigado la paz desde un principio; la producción hubiera asombrado el mundo, y el bienestar y la dicha hubieran reinado así en los pueblos emancipados, que venían á la vida política con tantos elementos de grandeza, como en España, que en este caso, con hombres de Estado eminentes al frente de sus destinos (que ciertamente le han faltado) hubiera perdido, es verdad, la soberanía en esos países; pero hubiera empuñado el cetro de los mares, y visto crecer en proporciones asombrosas su influencia comercial, para la que había preparado el campo en tres siglos de dominación y tráfico exclusivo.

Sucedió todo lo contrario: ha habido por más de media centuria una absoluta separación, tan rigurosa, tan increíble, que esos archivos públicos del vireinato de Santa Fe, de que se derivan tantos derechos civiles para los ciudadanos de Colombia y que son preciosas fuentes de datos históricos, han estado y están en Puerto-Rico, es decir, á las puertas de Colombia, sin que se tuviese en esta República ni la más remota noticia de su existencia.

Por fortuna, los tiempos han cambiado: las naciones hispano-americanas estrechan la mano amiga de su antigua metrópoli; fijan sus miradas en el Rey D. Alfonso XII, y confían en que su prudencia, su sabiduría y su alta justificación pondrán término á sus controversias.

La resolución de Colombia y Venezuela de elegir al Rey de España árbitro de derecho en una cuestión de límites de la mayor importancia, es una prueba de la simpatía y confianza que inspira á ambas Repúblicas.

En estas circunstancias, hemos creído oportuno

indicar respetuosamente al Sr. Ministro de Estado la gran conveniencia de pedir á Puerto-Rico el archivo del vireinato de Santa Fe, bajo el concepto de que habiéndose estipulado por las dos partes en el tratado de Caracas de 14 de Setiembre de 1881, que se respete el *uti possidetis* de 1810, es indudable que en ese archivo existen hasta los nombres de los empleados comprendidos en esa fecha en la jurisdicción del vireinato, hoy Estados-Unidos de Colombia.

Parécenos, además, muy propio de los sentimientos benévolos de D. Alfonso hacia el pueblo colombiano, que una vez hecho el exámen de ese archivo con el fin indicado, sea devuelto á Colombia, para la que es de un valor inestimable, mientras que para España carece de interés, como no sea bajo el punto de vista de los estudios relacionados con la historia.

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

TOMÁS CAVENDISH

Las grandes utilidades alcanzadas en las costas de América por Hawkins y Drake con el tráfico de negros y otras empresas, que sus mismos compatriotas han calificado de piráticas, lanzó al Océano á la población inglesa, ávida de las riquezas que los descubridores del Nuevo Mundo iban allegando. Uno de los que formaron propósito de hacerlas, por cualquier medio, cambiar de manos, fué Tomás Cavendish, que algunos nombran Candish, caballero de Suffolk, arruinado por su disipada vida. Empleó el último resto del caudal en la compra de tres bajeles medianos; se dirigió con ellos al estrecho de Magallanes, que embocó el año de 1587, y encontrando la gente apercebida en las costas de Chile y el Perú, sin conseguir hacer presa ni otro daño que el incendio de algunas rancherías, muy mortificado decidió hacer rumbo á las islas Molucas, con esperanza de mejor suerte, si bien ántes la tuvo hallando cerca de California á la nao de Acapulco *Santa Ana*, que venía de Filipinas con riquísimo cargamento.

Segun sus declaraciones, reproducidas por los historiadores de Inglaterra, con arrojo heroico atacó al galeon español, *que regia el almirante de la mar del Sur*, rindiéndolo tras obstinado y sangriento combate. La acción enalteció su crédito y reparó su hacienda sin contradicción alguna, poco dados como siempre han sido los de nuestra tierra de garbanzos á perder el tiempo en rectificaciones; mas como nunca es tarde para hacerlas, vienen á propósito los papeles del archivo de Indias, entre los cuales se conservan dos así titulados:

Declaración que hizo Tomás de Alzola, maestre de la nao nombrada Santa Ana, que robaron los ingleses en el cabo de San Lucas de la California, año 1588.

Declaración que hizo en la ciudad de Guadalupe del nuevo reino de Galicia Antonio de Sierra, natural de Sanlúcar de Barrameda, del suceso del navío Santa Ana, que viniendo de las islas Filipinas en demanda de la Nueva España, tomaron los ingleses cerca del cabo de San Lucas de la California.

Las declaraciones son oficiales, tomadas en distinto lugar y tiempo y conforman en todo lo esencial. En resumen, dicen:

Habiendo salido la nao *Santa Ana* del puerto de Cavite, en la isla de Luzon, el día 2 de Julio de 1587, hizo sin accidente su navegación, viniendo á reconocer el cabo de San Lucas en la costa de California el 14 de Noviembre. Hallándose cerca de la tierra descubrieron los vigías, primero dos velas y á poco una lancha y dos ba-

teles, que despertaron la sospecha de enemigos. La nao, como mercante, no llevaba artillería ni otras armas; de los pasajeros se reunieron como docena y media de espadas; el capitán tenía dos arcabuces y un frasco de pólvora, y tomando los marineros los hierros de las bombas y piedras del lastre, se prepararon á la posible defensa. Llegó la capitana inglesa por barlovento con banderas blancas y rojas, tocando los clarines; hizo descarga de artillería y mosquetería, y abordando por estribor echó dentro de la nao más de cuarenta hombres armados, desatracándose en seguida. Los de abordó los recibieron valientemente, matando cinco de los ingleses é hiriendo otros seis, con lo cual todos los restantes se tiraron al agua: murieron en la refriega tres españoles. Un oficial de Cavendish que había saltado, viendo la cosa mal se subió á la gavia (cofa) mayor, y con gran furia empezó á cortar las jarcias, visto lo cual por el capitán Alzola puso dos balas en el arcabuz y lo derribó muerto sobre cubierta.

La nave inglesa se volvió á aproximar, haciendo otra descarga de artillería y escopetería que mató cuatro españoles y cuatro negros, haciendo mucho daño en el casco; repitió la tercera abordando por la proa y echando gente, que fué rechazada, y desde entonces no se volvió á arrimar, sosteniendo el fuego de artillería con 29 piezas y dos lombardas pedreras que tenía, destrozando los mástiles y aparejos y acertando á la lumbre de agua dos ó tres balazos. El capitán consultó á los pasajeros lo que harían en aquel grave caso, acordando darse á partido, pues no había otro remedio, y como desde el buque enemigo les gritara un español que tenían prisioneros: *¡hombres ó demonios, qué haceis que no pedís misericordia!* echaron el botel y fué un Pedro Bravo de Paredes á tratar con Cavendish, concediéndoles éste las vidas si se rendían.

Con esto fueron juntos los bajeles al fondeadero del Cabo de San Lucas, tomando el inglés los registros y relaciones del cargamento: ordenó, bajo pena de la vida, que le entregaran las llaves y efectos, y habiendo diferencias entre los ingleses sobre el reparto, con una romana hicieron tres partes, dos para Cavendish y una para su gente, habiendo tenido la prevención de echar en tierra á los españoles, registrándolos uno á uno sin dejarles un alfiler.

Acabada la operación, ya barrotando sus naos con sedería, algalia y almizcle hasta que no pudieron más, dieron fuego á la nao, que se consumió hasta la lumbre de agua y se fué á pique, dejando á los españoles en tierra de salvajes, y por despedida, á D. Juan de Armendariz, canónigo de Manila, que había pronunciado frases de descontento, ahorcaron, teniéndolo colgado del estay mayor. Con otros hicieron grandes maldades é insolencias, añadiendo la de escribir en el registro de la nao una carta de pago burlesca que se entregó al capitán Alzola para su resguardo. A cuatro mujeres pasajeras fué á las que trataron con alguna consideración, regalándolas un tejo de oro que valdria 500 pesos en el momento de dar la vela para las Molucas.

Llevaronse en este metal más de 700.000 pesos, gran cantidad de perlas y por valor de millón y medio en brocados y sedas ricas de China.

Los desdichados tripulantes del *Santa Ana* se atrincheraron como mejor pudieron contra los salvajes, y como la necesidad aguza el entendimiento, con el trabajo que es de considerar lograron, á favor de las mareas, sacar del fondo lo que quedaba de la nao, que era la quilla con el arranque de las cuadernas ó costillas; aderezaron falca, timon y velas, y en aquella especie de chata se hicieron á la mar huyendo de los indios, con la buena suerte de llegar en doce días

al puerto de Santiago, en la provincia de Colima, y de allí al de Acapulco, donde entraron el 7 de Diciembre de 1588.

Hasta aquí las declaraciones del capitán y pasajero mencionados: veamos, según otros documentos, lo ocurrido á Cavendish.

Muy contento de la presa, llevóse al piloto español, forzándole á dirigir la derrota, que él no conocía, hacia las islas de los Ladrones, ó Marianas y las Filipinas, que alcanzó; pero no así el otro buque inglés que le acompañaba, de que nada se ha vuelto á saber, siendo lo probable que zozobrara en alta mar. Provisto de frescos en el cabo del Espíritu-Santo, siendo ya trillada la derrota desde allí é innecesarios por tanto los servicios del piloto, ¡lo ahorcó pretextando que trataba de entregar el bajel á los españoles!

Volvió á Europa por el cabo de Buena-Esperanza, remontando el Támesis con las jarcias y velas forradas de seda. Dió la vuelta al mundo como Drake; pero, según el juicio de sus mismos compatriotas, nada les debe el progreso de las ciencias, ni de él se ocupaban: el objeto de uno y otro era sólo enriquecerse á costa de los españoles, sin escrúpulo por las relaciones de paz y amistad que mantenían ambas naciones.

Cavendish repitió la expedición en 1595, engolosinado con el botín: llevó cinco navios, cuyas tripulaciones se amotinaron en el estrecho de Magallanes al presenciar el acto inhumano de abandonar los enfermos á merced de los pagones, y tuvo que retroceder hacia el río de la Plata, perdiendo cuatro de los buques. Llegado con el quinto á la costa del Brasil, desembarcó con el quinto á la gente, intentando un golpe de mano que le fué fatal; muertos todos los asaltantes, insubordinados los que le quedaban, se vió sin víveres, sin agua y sin los brazos necesarios á la manobra. En esta disposición volvió á la mar, donde pereció oscuramente.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

ESCENAS DE LA VIDA ESPAÑOLA

SOLEDAD

Á DON JUAN VALERA

I

—¡Vaya que son carlistas!—decía el secretario de la alcaldía, un hombrequito alfeñicado y ya viejo.

—¡Y dale bola!... Pues yo le digo á Vd., señor don Pepe, que son cristinos, y bien vistos los tengo en Jaén—respondía el boticario con la atiplada voz de un cuerpo obeso.

—Carlistas ó cristinos, es lo cierto que es gente de tropa y que vamos á tener la de Dios es Cristo con los alojamientos—exclamó el Alcalde, D. Pedro Rubio, autoridad de talle corto y cara de pocos amigos.

Era una mañanita de Setiembre del año 1836 cuando estas tres potencias de la Tobaruela discutían á la entrada del pueblo, viendo adelantar con caprichosas eses una nube de polvo, en la que á veces relumbraban los cañones de los fusiles, y las últimas palabras del Alcalde le recordaron sin duda su deber, pues encarándose con el secretario añadió con ademán grave y comedido:

—Señor Pepe, vamos á preparar las boletas.

La Tobaruela, que se halla á cinco leguas de Jaén, lindando sus términos con Linares, Fuente la Higuera y Campiñuela, es una aldea tendida en una deliciosa cañada que la separa del

camino real cerrándola al tránsito, y desde el principio de la guerra era la segunda vez que la visitaba un destacamento; esto explica que tan sencillo suceso sacase de quicio á los funcionarios. Compónese el pueblo de treinta y ocho casas añosas y agrietadas que forman una calle recta, cortada por una plaza triangular, en cuyo centro se levanta la iglesia, consagrada á Santo Domingo. Al Sudeste, en una colina rodeada por un soto de altísimos álamos, se asienta un castillejo bien aspillerado que debe acordarse de los moros, y sirve de cabildo al ayuntamiento y á los malhechores de cárcel. La campiña, plantada de olivos en las vertientes, de centenos y avenas en los llanos, fatiga la atención más que la engríe.

Absorto en sus cálculos el Alcalde, cuestionando secretario y farmacéutico sobre el punto enunciado, no estaban en la plaza cuando los soldados llegaron á cien pasos de la aldea. Era un destacamento de noventa hombres del ejército regular. A una orden de su jefe, que se apeó de un soberbio rocín llevado del ronzal por su dueño, los soldados se sacudieron un poco el polvo con sus pañuelos, formaron en columna y siguieron la marcha al vivaracho son de la trompeta, empujados por un viento del Este que barria las carreteras.

—¿Conoce Vd. el pueblo, Requena?—preguntó el capitán al bigotudo y cejijunto sargento que caminaba á su lado.

—Ni visto ni conoído, mi capitán—respondió aquél con marcado acento andaluz;—pero, digo, ¡me paese que nos vamo á tené qu'alojar como chinchas, por rasimo!

En medio de la calle jugaban algunos chicos con los piés y las piernas al aire, una camisilla de lienzo crudo por toda vestimenta, rollizos unos, secos y nerviosos otros, con el cabello largo por delante colgándoles sobre los ojos, rapado por la parte posterior.

—Vamo—exclamó Requena,—estos se han puesto el vestío nuevo pa resibirno.

Tan luego oyeron los muchachos la alegre tocata de la corneta, se detuvieron en sus juegos, levantando la cabeza como perros á un silbido, y comenzaron á dar saltos gritando: «¡Los sordaos! ¡Los sordaos!» Se precipitaron algunos como cohetes en las primeras casas del pueblo para anunciar la noticia, y volvieron á salir sin haber tenido tiempo de decir una palabra, temiendo que pasara la tropa ántes de su regreso. Fueron otros al encuentro del destacamento dando grandes y cómicas zancadas para llevar el paso, corriendo, empujándose, rodando por el polvo, con brincos y muecas de macacos alocados. A veces volvían la cabeza y daban una formidable carrera, viendo que los tambores se les venían encima. Los más tímidos, admirando la osadía de sus compañeros, pero sin atreverse á imitarlos, se balanceaban de derecha á izquierda y soplaban en sus manos cerradas, inflando los carrillos de tal modo que servían de biombos á sus arremahgadas naricillas.

En las puertas aparecían algunos campesinos pequeños y negruzcos que agritaban á sus mujeres un *ahora güervo* lánguido, y se ponían en seguimiento de la columna. Las exclamaciones se cruzaban de balcon á balcon.—«¡Probositos de mi arma!» decía una morena con la piedad que la andaluza lleva en el pecho.—«Míalos que güenos mosos y que bien andan,» respondía una mozuela entusiasta.—«¡Válgame Dios, y qué contentos van al mataero!» filosofaba una vieja, mientras que su nietecita, tirándole del zagalejo, repetía sin descanso chillando:—«¡Buella, buella! ¡son hombres?»

Iban alegres, con efecto, los soldados sabiendo que descansarían un día entero en la Toba-

ruela, y husmeando ya los tufillos que salían de las cocinas. Miraban las ventanas sonriendo á las vecinas.—«¡Qué moza, camará!—Siempre le tocará al sargento boleta para esa casa!» decía una voz á un compañero de fila.—«Pues, como que pué escoger, y ya le ha echao los mirones.» Era tan repetida la idea, que fama daba á Requena de nuevo Don Juan Tenorio. En fin, entre gritos, comentarios, carreras y ladridos de perros, á los que de vez en cuando el corneta sacudía un puntapié certero, llegó la división á la plaza, dió frente á la iglesia y se puso en descanso. El capitán, seguido de Requena, se avanzó hacia el Alcalde, con capa y sombrero nuevo, y los tres se dirigieron hacia el castillejo.

Un hombre de cuarenta años, con traje eclesiástico, que se hallaba á la puerta de una hermosa casa de dos pisos contigua á la iglesia, hizo una seña al Alcalde, que se acercó quitándose el sombrero.

—Mándeme Vd. al oficial y seis hombres, Don Pedro—dijo,—que sitio hay en mi casa para ellos.

—Muchas gracias, pae cura; pus que me emplumen si sé dónde meter tanta gente.

La plaza se llenó en breve de curiosos, que miraban por todos lados á los soldados, les preguntaban cuánto tiempo debían residir en el pueblo, les suplicaban les dejasen la *escopeta* y se asombraban de su peso, lo que arrancaba esta queja á un gallego:—«¡Digu! ¡qué dirían si tuviesen el baul culgado del espinazu!» Se informaban otros de si eran andaluces, si les faltaba mucho para tomar la *absoluta*, si habían peleado ya, y mil preguntas sencillas, á las que respondían los soldados con la superioridad que les da el uniforme y esa especie de conmiseración afable de la fuerza por la temerosa curiosidad de los débiles.

Volvieron el capitán y el sargento al cabo de una hora larga y distribuyeron las boletas, sin suscitar reclamación alguna de los habitantes, como sucedía en las aldeas más sacrificadas. Poco á poco los soldados fueron desapareciendo en las casas, y cuando la plaza quedó vacía, un gran demonio, larguirucho como una giralda, delgado como un rodrigon, aligerado ya de la mochila y en gorra de cuartel, se acercó al oficial y le dijo:

—Mi capitán, ya está listo el cuarto.

—¿En dónde, Cabañas?

—Aquí mesmo, en casa del pare cura, D. José Noguera; un patron hasta allí.

El capitán siguió al asistente sin sorprenderse de su apreciación, pues sabía que dos horas después de su llegada á una aldea, Cabañas conocía los milagros y realidades de todo el vecindario. Verdad es que cuando lo ignoraba, lo inventaba con su despierta imaginación de sevillano.

Era el oficial un joven de veintidos años, de rostro moreno y simpático, buenos ojos, despejada frente y poblado bigote. Hijo de una rica familia de Granada, D. Luis Canoro, nombre que le cuadraba, pues como grandísimo número de los soldados españoles, á un tiempo manejaba la cítara y la espada, había comprado una charretera para defender los derechos de la «inocente Isabel.»

Fué D. Luis muy bien recibido por el sacerdote, que le acompañó hasta su habitación, y le previno que su asistente no tendría que pensar en nada, pues le haría la honra de comer con él y también habría para la gente de tropa.

GARCÍA-RAMON.

(Se continuará.)

EL FESTIN DE ESQUELETOS

A los Excmos. Sres. Marqueses de Dos Hermanas,
en recuerdo de la plácida tarde del 27 de Junio de 1883.

¿Qué cosa es amor?
CAMPOAMOR.

Es un festin junto al mar:
sobre la alfombra de arena
que va la espuma á bordar,
choque de copas resuena
que apaga la onda al rodar.

Mil soñolientos rumores
en la llanura suspiran,
y vertiendo sus fulgores
la luna besa las flores
que al pié de Atenas se miran.

En sus playas encantadas,
la bruma tiende su tul;
y le da cintas rizadas
el ceñidor de agua azul
de las ondas nacaradas.

Donde el mar lánguidamente
se estrella sin fuerza alguna,
sobre base trasparente
se alza una mesa luciente
hecha de rayos de luna;

y entre los giros secretos
que van formando las brisas,
hacia ella avanzan inquietos
entre canciones y risas
blancas filas de esqueletos.

Saliendo van de la mar,
que los forma de su espuma;
y con lánguido mirar,
envueltos en ténue bruma
van el festin á aumentar.

Canta el diabólico coro
himnos de dulce armonía;
y exento de amargo lloro,
apura con alegría
el Chipre en copas de oro.

Mas... ¿qué en su loco placer
buscan dispersas y solas
aquellas formas sin sér,
dejando el mar, cuyas olas
á Venus vieron nacer?

Son del amor las deidades;
sus diosas son, que al rumor
de las vivientes edades,
jen aquellas soledades
celebran fiestas de amor!

Ved á Eloisa avanzar
de las espumas dormidas,
sacudiendo sin cesar
las claras gotas del mar
á su esqueleto prendidas.

Abelardo tras su huella,
bañado de luz radiante
deja tambien la onda bella,
y hacia el festin resonante
marcha feliz en pos de ella.

Julietta enamorada
sigue triste y pensativa;
y en la cuenca iluminada,
de Romeo, la mirada
llevar parece cautiva.

Siguen despues Magdalena,
Lucrecia, Safo, Raquel,
y Semiramis, y Elena,
¡hollandando todas la arena
en bullicioso tropel!

Tambien al festin camina
presa de amoroso dardo
Judhit, la flor peregrina,
y la Cava, y la Estuardo,
y Cleopatra, y Mesalina.

Y este concurso de amor
de muertas vidas tesoro,

brinda y brinda sin temor;
¡y las copas del licor
forman chasquido sonoro!

Elevando las de nieve
formas lánguidas y esbeltas,
grita Cleopatra en voz breve:
—¡Por la ardiente orgía!—y bebe
perlas en vino disueltas.

Se alza despues Eloisa,
y con divina sonrisa,
—¡Brindo por el tierno amor!—
dice, imitando el rumor
que hace en las flores la brisa.

Siempre sollozando inquieta
y siempre en vivo deseo,
dice al hablar Julieta:
—¡Por el amor de Romeo,
que es el amor del poeta!—

Y Safo, miéntras suspira
entre aquella regia tropa,
—¡Por el amor que delira!—
dice, en la izquierda la copa
y en la derecha la lira.

Luégo con honda efusion
van exclamando en tropel:
—¡Por los crímenes!—Ninon;
la Cava—¡Por la traicion!—
—¡Por la modestia!—Raquel.

—¡Por la virtud de amor llena!—
grita Lucrecia divina;
—¡Por los placeres!—Elena;
—¡Por los goces!—Mesalina;
—¡Por el llanto!—Magdalena;

y cada cual entonando
al amor tiernas canciones,
van las copas apurando
¡y la playa coronando
de fantásticas legiones!

Con sus notas argentinas,
turba de pronto el reposo
de las ondas cristalinas
un concierto armonioso
de nereidas y de ondinas,

y á aquellas notas aladas
donde hay suspiros y quejas,
por las manos enlazadas,
las figuras animadas
forman lucientes parejas.

Rompe un acorde vibrante
la onda dormida del viento;
y el ejército gigante,
gira, cual sierpe ondulante,
en compacto movimiento.

Corre luégo fugitivo
dando alegres cabriolas,
y baila con pié festivo
el vals primoroso y vivo;
que van tocando las olas.

Pártese en largas hileras
el escuadron resonante,
y junta las calaveras,
¡y de sus órbitas hueras
sale reflejo brillante!

Luégo raudo se arrebatada
y semeja torbellino;
ya presto se desbarata;
y en las arenas de plata
forma blanco remolino.

Ya las espumas rodea
y se pára á contemplar
miéntras la vista recrea,
el rayo que cabrillea
sobre las olas del mar,

ó del suelo se desprende
cual niebla de la laguna,
y en tanto que el aire hiende,
disuelto en la luz, asciende
¡por los rayos de la luna!

Ya corre y se precipita
formando movable encaje;
ya gira en rueda infinita;
y dulces versos recita
al compás del oleaje.

Y siempre vagando inquietos
por la ribera sin fin,
cuéntanse amantes secretos;
¡y de nuevo hacia el festin
acuden los esqueletos!

Vuelven la mesa á asaltar,
y la ronca algarabía
atruena de nuevo al mar,
que entona su melodía
no cansado de rodar.

Corre el vino desatado
en hervoroso torrente;
y de vasos coronado,
finge el mármol cincelado
joyero resplandeciente.

De las copas argentinas
saltan chispas irisadas;
y tiende en ondas divinas
la luz bandas diamantinas
en las espumas rizadas.

Y con profundo gemido
que acaba en sentida queja,
grita el coro enardecido:
—¡Por el Amor!—y el sonido
raudo en los vientos se aleja.

La luz rosada del día
apaga el ronco gritar;
cesa la loca alegría,
y al deshacerse la orgía...
¡ruedan las copas al mar!

S. RUEDA.

Madrid, 1883.

REVISTA EXTRANJERA

El año nuevo.—La ópera nacional y la extranjera.—La ciencia y las Academias.—El despertar de la política y las elecciones.—Estadística minera de Portugal.—El invento balístico de Lintchock.—El día de los Santos Reyes.

Para los astrónomos el año es una revolución de la tierra en torno del sol, y el día otra de la tierra sobre su eje. Para el historiador es una página, ménos, una letra de los anales de la humanidad; para los hombres, un sillar más colocado en el edificio de su vida. Los antiguos judíos, reuniendo la poesía y la filosofía en sus expresiones, calculaban un año de Brahma igual á muchos millones de años para los míseros mortales, y David, que sin duda no conocía estos cálculos, decía tambien que millares de años no igualaban á un solo día de los que contaba el Eterno. Como quiera que se mire, el año es algo como sagrado y divino, porque marca uno de los pocos pasos que damos en la vida, y en sus días y noches, en sus primavera y inviernos, en sus calores y en sus frios, es como viva imagen de las vicisitudes de la humana existencia. Reservado estaba en Roma á los Pontífices señalar, por la fijacion de un clavo en el templo, el principio del año, como al Emperador de la China abrir un surco en la tierra para recordar á sus súbditos las excelencias del trabajo del campo. Con el año nuevo venian en Roma la toma de posesion de los nuevos magistrados, los regalos que mutuamente se hacian las familias, quizá origen de nuestros aguinaldos, y la division de las provincias y de los ejércitos entre los Cónsules. El año de los pueblos modernos lleva en los nombres de sus meses y en los signos del Zodiaco, que á ellos presiden, el sello de remotísimos tiempos, y si bien no siempre ha comenzado en el mismo día, siempre ha sido éste un día solemne, que ha formado época en la existencia de los pueblos, tanto como en la vida de los individuos.

Más entre los extranjeros que entre nosotros se celebra este día en fiestas privadas y en recepciones oficiales. No há muchos años que toda Europa procuraba saber cómo recibía Napoleon III á los diplomáticos que le felicitaban, para rastrear algo del porvenir que el Júpiter olímpico de nuestro continente reservase á los pueblos durante aquel año. En una de